

y dos veces seguidas (849 y 848) afrontó el choque con la coalición dirigida por el rey de Damasco. En 848, perecieron 10.000 damascenos, y parte de sus carros y material de guerra quedó en el campo de batalla. Pero los asirios, aunque victoriosos, quedaban demasiado debilitados por la victoria. Emplearon los dos años siguientes en someter á algunas tribus de Armenia y de la raza médica y no volvieron á Siria hasta el año 846, sin mejor resultado que antes. Benhadad no dejó mermar su imperio y Salmanasar, desalentado por su tenacidad, se resignó á concederle algún descanso. Mientras tanto se lanzó sobre los hebreos.

Ya habían reparado éstos su desastre (853-851). Después de la batalla de Ramoth-Galaad, Mesha, rey de Moab, había negado el tributo que su pueblo pagaba desde hacía cuarenta años á los reyes de Israel. En su resistencia empezó bien; se apoderó de Medeba, Nebo y Atarot poseídos de tiempo atrás por la gente de Gad, degolló á los habitantes hebreos ó se los llevó cautivos, los substituyó con colonos moabitas y fortificó después la mayor parte de las ciudades, empezando por su capital Dhibon. Los hechos comprobaron lo bien entendido de estas medidas prudentes. Joram, que había sucedido á Acáziah en 851, no se sintió bastante fuerte para vencerlo él solo, y solicitó el auxilio de Josafat. Como los dos confederados no se atrevían á dirigir el ataque hacia el Norte por temor á las guarniciones sirias que estaban en Galaad, lo dirigieron al Sur del Mar Muerto y sitiaron al moabita en su ciudad real. A pesar de algunos triunfos parciales, fracasó la empresa. Mesha, al verse en grave aprieto, y desesperando de sus hombres, acudió al recurso supremo que le ofrecía en aquel caso su religión. Consagró su hijo á Hamosh y lo quemó vivo sobre el muro, en presencia del enemigo. Al ver el humo de los holocaustos, convencidos los israelitas de que Jehovah había perdido su fuerza, se aterrorizaron y desbandaron. A decir verdad, una invasión de Benhadad debió de influir algo en el triunfo de los moabitas. Se lanzó sobre Efraim. sitió á Samaria, que se defendió bien, y desesperando Benhadad de tomarla, levantó el sitio cuando casi la había rendido ya por hambre. No debía volver á entrar en Israel. Enfermo y casi moribundo, lo remató su oficial Khazael, que se proclamó rey en su lugar. Había reinado Benhadad, no sin gloria, unos treinta

años. Había firmado estrechas alianzas con Hamath y Fenicia, dominando á treinta reyes vasallos, y resistiendo valientemente á los asirios. Trató de conquistar á Palestina, y si no lo logró, sometió á lo menos casi todo el país de Galaad, entre el Haurán y la frontera de Moab. Damasco se había convertido entre sus manos en capital real y baluarte de Siria.

Khazael no se mostró indigno de la alta categoría alcanzada merced á su crimen. Se reconoció su soberanía en ambas vertientes del Antilibano y en la mayor parte de la Siria septentrional. Cuando Joram y Acáziah renovaron contra Ramoth-Galaad la tentativa que tan funesta había sido para sus antecesores años atrás, fracasaron como Acab y Josafat y su derrota produjo una revolución en la cual zozobó la dinastía de Omri. Por entonces Salmanasar, después de haber combatido con las tribus del Alto Eufrates (845), haber avanzado á la meseta de Media (844) y haber guerreado con los pueblos del Amanos (843), reanudó las hostilidades contra Aram. Khazael le aguardó en una posición elegida magníficamente, pero resultó vencido. Fué la batalla más sangrienta que hasta entonces dieron los asirios, pero resultó decisiva. Los damascenos perdieron 14.000 infantes, 470 jinetes y 1.121 carros. Damasco, sitiada, se libró de la rabia de los vencedores, pero las avanzadas ninivitas entraron hasta las montañas de Haurán saqueándolo y quemándolo todo. Los reyes de Sidón y Tiro, temiendo una suerte semejante, se apresuraron á pagar voluntariamente su tributo. Israel envió barras de oro y plata, fuentes, copas y utensilios de oro, cetros y armas. Así empezaron las relaciones directas entre Israel y Asiria.

Jehú, que fué el príncipe que las empezó, acababa de ser llevado al trono por una de las revoluciones más trágicas. Los profetas nunca habían perdonado á la casa de Omri la introducción de las religiones fenicias. Ya había pensado Elías en destronar á Acab, poniendo en su lugar á Jehú. Eliseo, discípulo favorito y sucesor de Elías, ejecutó este proyecto. El rey Joram había quedado herido ante Ramoth y se había retirado para curarse al palacio de Jezreel, lejos de su capital y de su ejército. Introdújose en el campamento un emisario de Eliseo, llamó aparte á Jehú, le echó aceite en la cabeza, le ordenó, en nombre de Jehovah, que destruyera la raza de Acab y huyó. Juntáronse entonces los capitanes, y pro-

clamaron rey á Jehú. El rey Acáziah de Judá había venido de visita á casa de su tío y de su abuela Izebel. Cuando el vigía anunció que venía tropa, en vez de huir ambos reyes, subieron á sus carros, lo cual equivalía á entregarse sin defensa en manos del enemigo. Jehú atravesó á Joram con una flecha y abandonó en manos de sus partidarios á Acáziah que se escapaba. Al conocer el asesinato, y que el asesino se acercaba, quiso la vieja Izebel morir como reina, y se hizo pintar el rostro, se ciñó la corona y se asomó á la ventana. Al entrar Jehú y echarle ella en cara su delito, el nuevo rey la mandó arrojar por la ventana. Quedaban los príncipes de la casa de Acab (sesenta, según la tradición), y mandó que desde Samaria le enviaran sus cabezas, con las cuales hizo dos montones á la puerta del palacio de Jezreel. Los príncipes de la casa de Judá que iban á reunirse con Acáziah fueron también asesinados en el camino. Los adoradores y sacerdotes de Baal, reunidos por traición en el templo, fueron degollados hasta el último y Jehovah quedó de dueño único de Israel. El reflejo de esta revolución se notó en Jerusalén de una manera imprevista. Athaliah, hija de Izebel y madre de Acáziah, viendo casi destruida la raza de Josafat, exterminó la que quedaba. Merced al sumo sacerdote, sólo se salvó el niño Joas. Después de la matanza, se apoderó Athaliah del poder, nombró una guardia fenicia y practicó oficialmente el culto de su Baal. El crimen de Jehú realzó la religión nacional en Israel, pero la humilló en Judá. Jehovah reinó solo en Samaria, mientras Baal se instalaba junto á Jehovah en Jerusalén.

La reforma de Jehú no era muy provechosa para los hebreos, á quienes seguía amenazando Khazael. Dos años después de su primera derrota, en 840, había desafiado de nuevo á los asirios, pero sin buen éxito, perdiendo algunas fortalezas y pagando tributo, lo mismo que los reyes de Tiro, Sidón y Gebel. Aquél fué su último ensayo de resistencia contra Salmanasar: antes que exponerse á desdichas inevitables, prefirió comprar con regalos el derecho á proseguir tranquilamente sus campañas contra los israelitas. Tuviron éstas próspero éxito. Jehú valía más para asesino que para general y fué derrotado en todas sus fronteras. Damasco, humillada al Norte por los asirios, era todavía bastante poderosa para humillar á los judíos al Mediodía; pero sus fuerzas no respondían ya á la ambición de sus

amos. Extenuada por demasiadas guerras sucesivas, tendía á hundirse al primer choque serio. Si en medio de la debilidad universal aparecía como el baluarte de Siria, no era más que un baluarte medio derruido.

Vencida Damasco, quedaba acabada la obra principal de Salmanasar. Su padre había conquistado la Siria del Norte: él dió un paso más hacia Egipto, derribando los reinos de la Siria Central. El resto de su reinado lo ocuparon casi enteramente expediciones contra el Norte y el Este. Dos años de guerra le entregaron ambas vertientes del Amanos, la Cilicia llana y Tarzi (Tarsi) en 831. El país de Urartu y de Van en Armenia resistió tres años y cedió á su vez. La edad había llegado en tanto, y con ella los achaques. El anciano rey, cansado de tantas fatigas, dejó los campamentos y cedió el mando á sus generales. Su hijo mayor Asurdainabal, pensó que su padre vivía demasiado y sublevó contra él más de la mitad del imperio: Azur, Amid, Arbelis y otras 24 ciudades tomaron parte en la rebelión. Kalakh y Ninive permanecieron fieles. Salmanasar abdicó en favor de su segundo hijo, llamado Shamhiadad. En menos de cuatro años quedó sofocada la rebelión. Fué muerto Asurdainabal y á Salmanasar le quedó el consuelo de morir en paz, á los treinta y cinco años de reinado (825).

Todavía subsistió la supremacía militar de Asiria. Shamshiadad IV (824-812), con ataques repetidos, venció á las tribus del Nairi y conquistó la Media hasta el país de Parsua, á

orillas del lago de Urumiyéh. Mardukbalatsuibí, el más poderoso de los príncipes que entonces reinaban en Babilonia, se doblegó al choque y á pesar del auxilio de Elam y los arameos, perdió 7.000 hombres, 200 carros con su estandarte real y sus equipajes en la batalla de Dabán (819). Esta victoria no fué decisiva, ni tampoco otras dos campañas dirigidas en 812 y 811 contra Babilonia, pero por lo ménos preparó el camino á Adadnirari III (812-784) que esclavizó á los príncipes caldeos. Adadnirari III se mostró tan levantisco como su padre y su abuelo: cada año emprendía una expedición triunfal. Penetró siete veces en Media, invadió dos el país de Manna y tres la Siria. Mariáh, rey de Damasco y suce-

de Benhadad III, se había sublevado y le sitió en su ciudad real y la tomó. La rapidez con que le había castigado impidió á los vecinos seguir su ejemplo. Fenicia, Israel, Edom y los fi-



A un lado, la imagen de Gilgames, el hércules caldeo, estrangulando un león. Al otro, los toros alados de la puerta del palacio de Dursarrudin.

lísticos no se atrevieron á agitarse mientras él reinó. El imperio asirio se extendía entonces por la mejor parte del Asia anterior. Por sus vasallos tocaba por una parte con el Mar Rojo y Egipto, por otra con el Golfo Pérsico y Elam. Al Oriente dominaba los distritos montañosos donde nacen los afluentes del Tigris. En Armenia había hecho pocos progresos desde el tiempo de Tiglatfalsar I. Ocupaba el país al Sur y al Oeste del lago de Van, hasta las fuentes del Tigris, pero más allá las dificultades del terreno y el valor de los habitantes no le habían permitido implantarse de modo duradero. Mesopotamia, Caldea y la Siria del Norte confesaban su superioridad. Salmanasar y sus sucesores habían pasado del Tauro y el Amanos y les obedecían las llanuras de Cilicia, los Tubal y los habitantes de Capadocia. La costa siria, desde la desembocadura del Orontes hasta Gaza, y todos los reinos del interior entre el mar y el desierto dependían de ellos.

Al llegar á tal grado de gloria y poderío, se derumbó de pronto el imperio. Levantóse ante él un rival que durante medio siglo amenazó con suplantarle en la hegemonía del Asia occidental. Era el Urartu, país donde nacen el Tigris y el Eufrates. Habitaba en él una sola raza, los kaldí, distinta de los armenios modernos, pero afiliada probablemente á los georgianos y á otras naciones del Cáucaso. Estaba fraccionada en gran número de principados minúsculos, cuya posición en el mapa no es fácil determinar. El más importante era el de Biainas, cuya capital Dhuspas, es la ciudad moderna de Van. Los reyes puestos en contacto con Asiria desde

el reinado de Asurnazirabal, se civilizaron en la escuela de sus adversarios y aprendieron de éstos el arte de la escritura. Lutipris y Sharduris II trajeron á su corte á escribas ninivitas que redactaron los documentos oficiales en su idioma, y prodigaron los epítetos más retumbantes del protocolo asirio á sus patronos bárbaros. El asirio fué en aquellos primeros tiempos, el idioma culto de los kaldí, pero desde el reinado de Ishpuinis I, hijo de Sharduris, el sistema se aplicó con algunas modificaciones á los dialectos indígenas. El Urartí adoraba á tres divinidades principales: Kaldis, dios supremo, epónimo de la raza; Teibas, dueño del aire y del cielo; Ardinis ó el sol. Agrupábase en torno de esta trinidad un ejército de dioses, como Auis (el agua); Aya (la tierra); Selardis (la luna); Irmusinis,

Adarutastas, Karubainis, etc. Parece que al principio no se veneraba á ninguna diosa. Sharis, que es la única que se encuentra, parece ser una representación de Untar. Los textos históricos no hacen gran caso de estos personajes subalternos y los abarcan con el título colectivo de hijos de Khaldis. Los reyes de Van, que siempre estaban guerreando, fueron domeñando á los principados cercanos de Manai, Musasir y Mildish, y otros cuyo nombre no evoca en nosotros ninguna idea exacta. Aramé, que fué el rey de Kan más antiguo después de Sharduris I, mandaba ya en el Milid, ribera occidental del Eufrates. Sus sucesores Sharduris II é Ishpuinis, ganaron terreno hacia el Este y el Sur, á pesar de haber sido de



El hércules caldeo. (Bajo relieve.)

su hijo Argishtish I atacó á Asiria y conquistó á Parsua y Khubushkhia. Los soberanos ninivitas trataron en vano de rechazarlos hacia las montañas, pero las epidemias que entonces diezmaron á Asia y la escasez de población

inutilizaron sus esfuerzos. Acabaron por deseperar de su causa y por abandonarse á su suerte sin resistencia.

Con Salmanasar II (782-772), hijo de Adadnirari III, comenzó la decadencia. Después de una incursión contra Damasco (772), tuvo que evacuar á Siria. En tiempo de Asurdán II (772-754) mientras prosperaba el Urartu, estalló la rebelión á las mismas puertas del Nínive en el país de Arrapkha y en la ciudad de Gozan. Fué sofocada, pero acabó por quebrantar las fuerzas del pueblo y la energía del soberano, mientras que Asurnazirabal, Salmanasar I, Shamshiadad y Adadnirari habían verificado cada año una expedición afortunada. Asurdán II estuvo nueve años en paz de los diez y ocho que reinó. En tiempo de Asurnariri II (754-745) empeoraron las cosas. En ocho años no hubo más que dos campañas, dirigidas contra el país de Nanori, á pocas jornadas de la capital. Las tradiciones clásicas dicen que entonces ocurrió la primera destrucción de Nínive, pero ignoraban los nombres de los grandes príncipes del siglo anterior y los substituyeron con una serie de reyes holgazanes, descendientes de Nino y Semiramis. Sardanápalo, que fué el último de ellos, vivía en el harem rodeado de mujeres, vestido de mujer y ocupándose en labores femeniles. Dos de los príncipes tributarios,

Arbakhes el medo y Belesys de Babilonia se insurreccionaron con sus pueblos. La inminencia del peligro despertó en Sardanápalo las cualidades guerreras de su raza, y se puso á la cabeza de un ejército, derrotó á los rebeldes y estaba acabando con ellos, cuando un ejército que había salido de Bactriana para auxiliarle se pasó al enemigo. Encerróse en Nínive y resistió dos años á todos los asaltos. Al tercer año, crecido el Tigris por las lluvias, se desbordó y derribó veinte estadios de murallas. Recordó entonces Sardanápalo que un oráculo le había predicho que sería victorioso hasta que el río se volviera contra él, y no quiso caer vivo en manos de sus súbditos. Entonces prendió fuego al palacio y ardió en él con sus tesoros y mujeres. Todo esto es una novela, y nada más. Los monumentos prueban que durante treinta años, entre Adadnirari IV y Tiglatfalsar III, fué decayendo Asiria del elevado lugar en que la habían colocado el valor de sus soberanos.

Su debilidad había dado la independencia á los

pueblos de Siria, que emplearon su libertad en desatrazarse mutuamente, abismándose cada vez más en sus discordias. Athaliah había tratado de aniquilar la casa de Josafat y de introducir oficialmente en Judá el culto de Baal, pero no consiguió ninguno de ambos empeños. El sumo sacerdote Jehoiada había salvado de la matanza á un hijo de Acaziah llamado Joas, criándole secretamente en el templo. Con sus manejos sobornó á los comandantes de la guardia y á otros jefes militares, y cuando estuvo seguro de su apoyo les reveló la existencia del niño, y lo proclamó rey delante de ellos. Athaliah, que acudió al oír el ruido, fué asesinada, lo mismo que Mattan, gran sacerdote de Baal. Jehoiada se impuso como tutor al nuevo soberano, que apenas tenía siete años. Aquel reinado fué sacerdotal, pues los sacerdotes se encargaron de la administración de los dominios de Jehovah, apropiándose



Toma de una fortaleza por los asirios y conducción de cautivos.

sin escrúpulos lo mejor de las rentas sagradas. A tanto llegó el escándalo, que Joas les quitó la administración. Israel estaba en peor situación que Judá. Jehú, que como general y político era muy mediano, no pudo rechazar á Khazael. El sirio llegó hasta Gath y quiso acercarse á Jerusalén. Jehú compró la paz; sacó del santuario cuanto le habían consagrado sus antepasados Josafat, Joram y Acaziah, y juntó con todo el oro que encontró en los tesoros del templo y del palacio se lo envió á Khazael para que no atacase á Jerusalén. Hubo grandísima miseria en tiempos del hijo de Jehú y durante su reinado estuvo Israel en poder de Khazael y de su hijo Benhadad. Joas, libertado por la retirada de los sirios de los ataques exteriores, y por el fallecimiento de Jehoiada, amo cuya autoridad le pesaba hacia tiempo, trató de sustraerse á la influencia sacerdotal, provocó el odio del clero y fué asesinado en la cama. Su hijo Amaziah le enterró en el sepulcro de los reyes y lo vengó matando á los asesinos, pero con

una generosidad rara entre los hombres de su siglo no mandó matar á los hijos de los que habían asesinado á su padre. Dos años antes había fallecido en la miseria Joachaz, rey de Jerusalén, dejando las arcas vacías, un ejército impotente y un Estado reducido á la mitad.

Tantas desgracias repetidas habían entristecido los espíritus. Luego sobrevinieron otros desastres: el hambre, la sequía y la peste, y finalmente, la aparición súbita de los asirios colmó

la angustia. Desde la fundación del reino, los hebreos habían vivido en una especie de mundo pequeño, donde Estados diminutos del mismo estilo que el suyo (Moab, Amón, Gaza, Tiro y hasta Damasco) reñían pequeñas batallas por poblacioncillas insignificantes y distritos semidesiertos. Únicamente en tiempo de Sheshouk había caído sobre ella la mano de un gran imperio oriental, pero por muy poco tiempo. La entrada en el palenque de una nación nueva, más feroz y belicosa todavía que Egipto, les hizo



Una dama del harem real de Asiria. Bajo relieve en marfil. (Museo Británico.)

notar su propia debilidad y los impulsó á comparar su dios nacional con los de sus vencedores. No era posible en aquella época de fe su-

persticiosa dudar en absoluto ni negar la divinidad, pero muchos llegaron á dudar del poderio de Jehovah. Los dioses de Damasco y de Asir, que osaban destruir á Gath, Calneh y Hamat, los de Tiro y Sidón que otorgaban á los fenicios el comercio del



La diosa paloma, que sirvió para crear la leyenda de Semiramis.

mundo entero, hasta los dioses de Moab y Amón, ¿no valían más que un dios humillado siempre, á pesar de sus promesas? Israel les rindió homenaje con más

ardor que antes: Se prosternó ante todos los ejér-

citios del cielo, se agrupó en torno de los altares de Kevan y se reunió en las tiendas del rey de los dioses. Jehovah no perdió nada al sumarse con estos compañeros de divinidad; al contrario: el pueblo fué más religioso y los soberanos imitaron el ejemplo del pueblo. Tal vez más que antes, hubo peregrinaciones á Bethel, Gilgal, Mizpah, Puhel y Bersheba: cada mañana se les llevaban los sacrificios á los dioses; cada tres días los diezmos, y afluían los donativos voluntarios. Pero aquel culto del cual no se privaba al dios nacional se mezclaba con prácticas usadas por los extranjeros y que suponían le serían agradables. Achaz de Judá erigió en el templo de Jerusalén un altar construido con arreglo al modelo de los admirados en Damasco. Los ayunos y penitencias en público se multiplicaron con los holocaustos. Los dioses cananeos gustaban de la carne asada de los primogénitos. Achaz recurrió á este mismo medio que había sido tan útil á Meshá contra Israel, y quemó á su propio hijo en honor de Jehovah. El uso de quemar á los niños se hizo tan general en Jerusalén, que se dedicó á estos horrores un lugar especial al pie de las colinas. La influencia del sacerdocio oficial tenía que acrecentarse con este recrudescimiento de fervor religioso. Ya hemos visto el influjo preponderante de Jeohiada en la catástrofe de Athaliah, y eso que entonces el sumo pontífice no era más que un humilde servidor del rey, y mal le salió haberlo olvidado cuando su protegido Joás llegó á la edad viril. En el reino del Norte, las revoluciones palaciegas, las guerras extranjeras, las usurpaciones y sobre todo la existencia de muchos santuarios, no permitieron al clero real

arraigar su preponderancia sólidamente. En el reino del Sur, más pequeño y menos expuesto á los ataques exteriores, adquirió en cambio extraordinaria fuerza y estabilidad el sacerdocio. Como todas las corporaciones influyentes, tendió á convertirse en clase cerrada, en la cual no se admitió más que á las familias consagradas de antiguo al sacerdocio, pertenecientes á una tribu, que figuró en la leyenda al lado de las otras doce tribus de Israel, y que pretendían enlazarse directamente con Leví, hijo de Jacob. Israel protestó contra esta centralización del culto y contra la unidad de santuario que la había producido y á fines del siglo IX promulgó el Código llamado *Libro de la Alianza*. Su moral y sus reglas de conducta se aplicaban en ambos reinos y vienen á ser un compendio de las leyes entonces vigentes, pero los primeros versículos atacan directamente la idea del templo de Jerusalén.

Ni la adopción de los idolos extranjeros, ni el esplendor del culto nacional, ni el desarrollo del sacerdocio judaico, remediaron los males públicos. Damasco y Asiria seguían prosperando, mientras Israel y Judá no dejaban de decaer. Los profetas consideraron esta persistencia de la mala suerte de manera distinta á los sacerdotes. Vieron en ella la prueba de la grandeza de Jehovah y una razón nueva para honrarle á él solo. El vulgo adoraba al dios de Israel, pero admitía también la realidad de los dioses extranjeros y este era el origen de la ira de Jehovah contra los suyos. Los dioses de las demás naciones no eran dioses para los profetas ni existían siquiera. Jehovah era el dios único, que sacó de la nada el universo y lo conserva. De haber querido habría podido otorgar su protección á una sola familia en la tierra.

El profeta más antiguo, Amós, había nacido en la aldea de Tekor, tribu de Judá, pero ejerció preferentemente su acción en Israel. La vida política se concentraba casi por completo en el reino del Norte y allí convenía dar los

mayores golpes. Exaltado Amós por la inspiración más allá de las fórmulas en que el patriotismo de tribu aprisionaba la idea de Je-

hovah, abrumó con imprecaciones á los hebreos, tomando á las naciones extranjeras por testigos de la vergüenza y los excesos de los que fueron antes el pueblo de Dios. Anunciaba que horrorizaban á Jehovah la molicie de los grandes y su dureza para el débil, su superstición y su piedad falsa. Los amenazaba con graves y próximos castigos, anunciando por primera vez la ruina y el destierro, aunque deseando que se renovase su raza. Jehovah destruiría la casa de Jacob, pero no completamente. Los malos perecerían bajo el hierro, pero el reino de David florecería de nuevo para los buenos.

El advenimiento de Joas al trono de Israel y



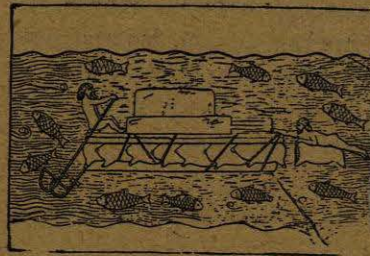
Lámina de barro caldea. (De un sepulcro.)



Un asirio. (Museo Británico.)

el de Amaziah al trono de Judá parecieron rejuvenecer y dar fuerzas á los hebreos. Joás derrotó á Benhadad III junto á Afek y en otros

tres combates, pero no le expulsó completamente. Se decía que antes de emprender dicha guerra había consultado al moribundo y anciano Eliseo. Este le mandó que disparara flechas al suelo delante de él. El rey tiró tres y se detuvo: entonces el profeta airado le dijo que si hubiera disparado cinco ó seis habría acabado con los sirios, pero que después de su cortedad ya no podía derrotarlos más que tres veces. Por su parte Amaziah había vencido á los edomitas en el valle de la Sal y saqueó su capital Selah. Embriagado con su triunfo, se creyó llamado á restablecer el reino de Salomón, y desafió á Joas en Samaria. El encuentro ocurrió en Betshemesh, sobre la frontera filisteá. Amaziah fué vencido y preso; Joas entró sin oposición en Jerusalén, la desmanteló en parte, saqueó el templo como si hubiese sido de un dios pagano, se llevó rehenes y volvió á Samaria, donde murió al poco tiempo. Jeroboam II acabó lo que su padre

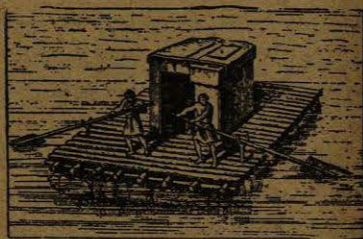


Balsa sobre odres hinchados. (Bajo relieve asirio.)

había boqueado. Como David y Salomón gobernó á todas las tribus, por lo menos durante los primeros quince años de su reinado, é impuso su autoridad á algunas de las naciones vecinas. La debilidad de éstas contribuyó á esto tanto como el vigor del monarca. Los reyes de Asiria no habían podido conservar su soberanía sobre Aram y Fenicia. Damasco no estaba en situación de resistir mucho, extenuada por su defensa contra Salmanasar y sus sucesores. Según *El libro de los reyes*, Jeroboam reconquistó al Norte y al Este los territorios poseídos por Salomón, ó sean Moab y Amón, Celesiria, Damasco y Hamat. Después de largos años de desdichas constituyó su reinado una época de gloria y de seguridad. Floreció de nuevo el comercio con Fenicia y Egipto y los hijos de Israel habitaron de nuevo en las tiendas como en los días pasados. La imaginación de los poetas supuso que Moisés había querido bendecir á las tribus antes de desaparecer. La de Simeón había perecido ya y no se habló de ella. A Judá y á Benjamín se las elogió, aunque no mucho. José también logró encomios, pero los mayores fue-

ron para Levi, lo cual demuestra la importancia que había adquirido el sacerdocio en un siglo.

El reinado de Jeroboam II, además de ser un momento de grandeza política, fué una época fecundísima en literatura religiosa. La concentración de las tribus en dos reinos, solidarios uno de otro, había impulsado á los hebreos á escudriñar sus orígenes y á recoger los poemas nacionales, fragmentos de leyes, profecías, proverbios, cantos de amor y tradiciones corrientes entre el vulgo y entre los literatos respecto á la creación, los patriarcas, la estancia en Egipto y en el desierto, etcétera. Un siglo después de morir Salomón, en 840 un sacerdote de Judá compuso una historia en la cual contaba á su manera los comienzos de la raza humana, las leyendas relativas á la fundación de los antiguos santuarios, los tratos de Moisés con Dios en el Sinaí y los acontecimientos ocurridos desde entonces. No hay tendencia teológica perceptible en lo que de esta obra nos queda, y su manera ingenua de presentar las cosas sagradas, no podía parecer suficiente en la época en que



Balsa sobre odres hinchados. (Tal como era.)

Amós proclamaba la unidad de Dios. Un sacerdote efrainista probablemente contemporáneo de Jeroboam é impregnado del espíritu profético, se apoderó del asunto, añadiéndole hechos nuevos. Naturalmente, todo lo que el primero había contado en loor de Judá, lo adaptó su sucesor en beneficio de Israel, y por ejemplo, niega á Judá el derecho de primogenitura entre los hijos de Israel para atribuírselo á Rubén. Difiere sobre todo de su antecesor en la idea de Dios, que no tiene ya carácter puramente material, ni se aparece en cualquier tiempo y lugar, sino de noche y en sueños, y generalmente se sirve de ángeles como intérpretes. Indudablemente, cuando escribía este historiador recibieron su primera forma las leyendas relativas á Samuel, á David, á Salomón, y al profeta Elí. Preceptos morales, confundidos más adelante con los proverbios y las canciones amorosas reunidas en el *Cantar de los Cantares*, son la obra tal vez de poetas contemporáneos. Por desgracia no siempre es fácil conocer, después de

las variaciones sufridas por la literatura hebraica, lo que realmente pertenece al reinado de Jeroboam II.

Aquellos cuarenta años fueron los últimos de prosperidad y paz para el reino. Seis meses después de morir Jeroboam, su hijo Zakariah fué asesinado por Shallum y dejó de existir la casa de Jehú. Shallum fué muerto al mes en Samaria por Menakem, hijo de Gadi, y Thapsak y otras poblaciones que habían tratado de resistir á éste fueron cruelmente castigadas. En 745 estalló una revolución en Kalakh, desapareció Asurnirari rey de Asiria y cayó el poder en manos de un hombre poco dispuesto á la holganza. No se sabe si Tiglatfalasar III era usurpador. Pertenecía vagamente á la familia de Asurnirari, pero si su origen es obscuro, brilla en la historia su persona con resplandor incomparable. Se asemejaba á los grandes



El rey Tiglatfalasar en su carro de gala.

conquistadores de otros tiempos, era activo y ambicioso, y más aficionado á campamentos que á palacios. Tiglatfalasar realzó las energías deprimidas, enseñó de nuevo á sus soldados el camino del extranjero y los guió hasta donde no habían llegado sus antecesores. Sumaba con las dotes de general las de administrador, y en vez de saquear los países enemigos y hacerlos tributarios, como era uso entre sus predecesores, empleó el sistema de anexión y colonización. Cuando consideraba útil conservar un territorio, destronaba á la familia que lo regía, ponía de guarnición prisioneros traídos de comarcas lejanas, y confiaba el gobierno á oficiales asirios que dependían directamente de él. Obligada la población al servicio militar, entregaba cada año un número determinado de reclutas. Las ciudades pagaban un impuesto fijo en metal y en especies. Desgraciadamente, este reinado tan brillante y fecundo en resultados gloriosos es de los más difíciles de encerrar en el

marco acostumbrado de las historias orientales. Los datos de sus monumentos en lo concerniente á Israel y á Judea difieren tanto de los relatos hebraicos, que no se puede definir acertadamente su cronología exacta.

Tiglatfalasar subió al trono el 13 de Iyar (Abril) del año 745. Empleó seis meses en consolidar su poder, y luego partió hacia el Sur. Habían cambiado mucho las condiciones políticas de Babilonia desde principios del siglo VIII. Los arameos, hasta entonces acantonados en los pantanos, se habían apoderado de toda Mesopotamia, incluyendo á Babilonia, y la habían fraccionado en principados independientes, muchos de los cuales llevaban el nombre de la raza, ó más bien de la casa (*bit*) que les administraba, como Bit-Dakuri, Bit-Shalli, etc. El más importante era Bit-Takin, cerca de la desembocadura del Eufrates y el Tigris en el mar. Otros se escalonaban á orillas del Tigris y el Ukun. Allí, entre unos cuarenta Estados pequeños de nombres raros, dos tribus (Pukudu y Gambulu) gozaban de una autoridad indiscutible. Acampaban en los pantanos próximos al golfo Pérsico, en la frontera del Elam. Tiglatfalasar se lanzó á través de estos Estados pequeños y obtuvo pleito homenaje del príncipe de Babilonia Nabunosir (el Nabonasar de los griegos) y tomó á Dur Kurigalzu, á Borsipa y á Cuta. Únicamente se defendió la tribu aramea de Bit-Shilani, pero fué devastada sistemáticamente, y empalado su rey Nabushabshi á la puerta de su palacio. Los demás se sometieron y el vencedor regresó á su capital después de haber tomado oficialmente el título de rey de Shumir y de Akkad. Una expedición poco importante al Namri, más allá del Zab inferior (144) completó la toma de posesión de los países del Sur y del Este que antes dependieron de Ninive. Después se dirigió hacia el Oeste, donde le aguardaban enemigos más serios. El centro de la resistencia no estaba como en otros tiempos, en Patín. La ciudad de Arpad y el distrito de Agusi dominaban en las comarcas que se extienden entre el Amanos y el Eufrates, y



Tiglatfalasar.